



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 8 de abril de 1998

Semana Santa

1. En estos días de la Semana santa la liturgia subraya con particular vigor la oposición entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte, pero no nos deja en la duda del resultado final: la gloria de Cristo resucitado. Mañana, la solemne celebración *in cena Domini* nos introducirá en el *Triduo sacro*, que presentará a la contemplación de todos los creyentes los acontecimientos centrales de la historia de la salvación. Juntos reviviremos, con profunda participación, la pasión, la muerte y la resurrección de Jesús.

2. En la santa misa crismal, preludio matutino del *Jueves santo*, se reunirán, mañana por la mañana, los presbíteros con su obispo. Durante una significativa celebración eucarística, que tradicionalmente tiene lugar en las catedrales diocesanas, se bendecirán el óleo de los enfermos y el de los catecúmenos, y se consagrará el crisma. Esos ritos significan simbólicamente la plenitud del sacerdocio de Cristo y la comunión eclesial que debe animar al pueblo cristiano, congregado por el sacrificio eucarístico y vivificado en la unidad por el don del Espíritu Santo.

Mañana, por la tarde, celebraremos, con sentimientos de gratitud, el momento de la institución de la Eucaristía. En la última cena, el Señor, «habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (*Jn 13, 1*) y, precisamente cuando Judas se disponía a traicionarlo y se hacía noche en su corazón, la misericordia divina triunfaba sobre el odio, la vida sobre la muerte: «Jesús tomó pan y lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: "Tomad y comed, éste es mi cuerpo". Tomó luego el cáliz y, dando gracias, se lo dio diciendo: "Bebed todos de él, porque ésta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados"» (*Mt 26, 26-28*).

Así pues, la alianza nueva y eterna de Dios con el hombre está escrita con caracteres indelebles en la sangre de Cristo, cordero manso y humilde, inmolado libremente para expiar los pecados del mundo. Al final de la celebración, la Iglesia nos invitará a una prolongada adoración de la Eucaristía, para meditar en este extraordinario e inconmensurable misterio de amor.

3. El *Viernes santo* se caracteriza por el relato de la pasión y por la contemplación de la cruz. En ella se revela plenamente la misericordia del Padre. La liturgia nos invita a rezar así: «Cuando nosotros estábamos perdidos y éramos incapaces de volver a ti, nos amaste hasta el extremo. Tu Hijo, que es el único justo, se entregó a sí mismo en nuestras manos para ser clavado en la cruz» (Misal Romano, *Plegaria eucarística sobre la reconciliación I*). Es tan grande la emoción que suscita este misterio, que el apóstol Pedro, escribiendo a los fieles de Asia menor, exclamaba: «Sabéis que habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, Cristo» (1 P 1, 18-19).

Por esto, después de proclamar la pasión del Señor, la Iglesia pone en el centro de la liturgia del Viernes santo la adoración de la cruz, que no es símbolo de muerte, sino manantial de vida auténtica. En este día, rebosante de emoción espiritual, se yergue sobre el mundo la cruz de Cristo, emblema de esperanza para todos los que acogen con fe este misterio en su vida.

4. Meditando en estas realidades sobrenaturales, entraremos en el silencio del *Sábado santo*, a la espera del triunfo glorioso de Cristo en la resurrección. Junto al sepulcro podremos reflexionar en la tragedia de una humanidad que, privada de su Señor, se ve inevitablemente dominada por la soledad y el desconsuelo. Replegado en sí mismo, el hombre se siente privado de todo anhelo de esperanza ante el dolor, ante las derrotas de la vida y, especialmente, ante la muerte. ¿Qué hacer? Es preciso estar a la espera de la resurrección. De acuerdo con una antigua y extendida tradición, estará a nuestro lado la Virgen María, Madre dolorosa, Madre de Cristo inmolado.

Con todo, en la noche del Sábado santo, durante la solemne Vigilia pascual, *madre de todas las vigili*as, el silencio quedará roto por el canto de gozo: el *Exsultet*. Una vez más se proclamará la victoria de la luz sobre las tinieblas, de la vida sobre la muerte, y la Iglesia se alegrará en el encuentro con su Señor.

Así entraremos en el clima de la Pascua de Resurrección, día sin fin que el Señor inaugura resucitando de entre los muertos.

Amadísimos hermanos y hermanas, abramos nuestro corazón a la gracia divina y dispongámonos a seguir a Jesús en su pasión y muerte, para entrar con él en la alegría de la resurrección.

Con estos sentimientos, deseo a todos un fructuoso Triduo pascual y una santa y feliz Pascua.

Saludos

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española, especialmente al grupo de responsables europeos de cooperación internacional, así como a los fieles venidos de Santomera, Játiva y San Cugat del Vallés. Os invito a abrir el corazón a la gracia divina y a seguir a Jesús en su pasión y muerte, para entrar con él en el gozo de la resurrección. A todos os bendigo de corazón.

(En lengua checa)

En esta Semana santa Jesucristo nos llama a unirnos más profundamente al misterio de su muerte y resurrección. Él quiere colmarnos de su gracia, dándonos una esperanza nueva.

(A los peregrinos húngaros)

En la Semana santa la liturgia nos invita a meditar en el gran misterio de la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Que el Señor nos ayude a redescubrir en estos días los sagrados misterios de nuestra fe y a participar de las gracias que de ella brotan. Lo pido en mi oración para vosotros y vuestros seres queridos .

(En italiano)

Dirijo ahora mi saludo a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. Estamos ya en vísperas del Triduo sacro, que nos hará contemplar la muerte y resurrección de Cristo. Os invito a vosotros, queridos *jóvenes*, a mirar a la cruz de Cristo para hallar en ella luz y vigor para vuestro crecimiento espiritual. Ojalá que para vosotros, queridos *enfermos*, la pasión de Cristo, que culmina en el triunfo glorioso de la Pascua, constituya la fuente de renovada esperanza y consolación en la hora de la prueba. Y a vosotros, queridos *recién casados*, os deseo que el ejemplo de Jesús, que da la vida por sus amigos, sea ejemplo de generosa entrega recíproca en la existencia cotidiana.